

que conocemos en sus retratos, magra y espiritual, de enorme frente, de pelo ralillo, de labios lineales, de inclerta sonrisa dulce y burlona, con su sello británico, condecorada de una flor y atalayando el bullir de la vida con su monóculo alucinante de Chamberlain trascendental, hincado, petulante como un penacho aristó. Y va de braceró con sus héroes, los guía, los dispone, los aconseja, los ama, los comprende, los acaricia, los perdona; se aburre o llora con ellos, o como uno de esos viejos amigos de la infancia un poco amargados y maliciosos los vapulea y zahiere en ratos de verba, con "humour" oportuno, desconcertante, sarcástico, para volver a ser grave, hondo...

Es todo el sujeto con sus variantes y antinomias, derramado en cada una de las palabras que escribía. Es él ese choque de términos rivales del que obtiene efectos imprevistos; son él esos epítetos únicos, comprensivos, que van hasta el fondo de las cosas; él es esa frase justa y ceñida, de buen gusto, esa su expresión con el gesto, con el corte sesgado y elegante de la ironía. Es él todo su estilo: medular para sus pensamientos sustanciosos, sabio para su pintoresca complicación, leve y alado para su burla y su lirismo.

¡Qué manera de sostener la integridad de su ecuación propia! Este es el punto en que nunca se insistirá bastante y

en que el gran portugués es un admirable manual vivo, un breviario para todo artista; a él pueden ir a reconfortarse muchas voluntades lánguidas y flacas, muchos temperamentos maleables y flojos, muchos espíritus rudimentarios, perezosos, extraviados en la inercia del lugar común, presos en la desidia del "cliché", en la muerte de almas que están secas y sordas por haber apagado ellas mismas las fuentes recónditas de su espontaneidad y por no oír la voz que sale de su interior, la que nunca se equivoca, porque es la voz del mundo que se hace interna sólo para más directamente manifestarse a nosotros.

Eica de Queiroz siempre acató esa voz que venía de los repliegues más entreñables de su ser, fué todo él esa voz sincera, imperiosa, hasta voluntariosa. Su personalidad, despierta a todo momento, vivaz, vigilante, se antoja como el templado acero de una flecha, tendido, bello de la urgencia siempre renovada de partir, de lanzarse...

¡Feliz el pensador más descreído que Salomón, el artista ultraquintaesenciado, el émóvivo sin esperanza que a través de cuarenta siglos de literatura, de su experiencia acarreada por todas las latitudes de la tierra, pudo mantener la vena de su alma pura, intacta, pronta, a flor de la vida, y sea loado porque nos la ofrendó a manos llenas en su obra toda vibrante, toda centralida, toda jadeante, toda fragante de temblor humano!



SONETO LUNATICO

Tu recuerdo perfuma la armonía
de esta noche de junio lenta y clara;
algo como la nieve de tu cara
se vierte por la franca celosía.

Clora la luna su melancolía.
Un pensamiento bajo mí se ampara,
y es tan suave y tenaz que lo juzgara
la opresión de tu mano casta y pia.

Todo, todo eres tú... la luz opara
que riega el firmamento se diría
la irradiación de tu altivez preclara...

¡Que yo muriese en esta fantasía!
¡Perder la sangre mientras se filtrara
toda la luna por la herida mía!

SONETO FRAGANTE

Eran tus largos ojos dos azules desmayos,
un ave en sus cristales aletargaba el vuelo
y en las pupilas ínfimas era un reír del cielo
la tempestad lejana de mortecinos rayos.

Toda la intemperancia de la tarde revuelta
musical te circusa como a un junco del campo,
y era cebo atrayente tu cabellera suelta
del rencor rezagado en el sidéreo lampo.

Yo hice presa fácil de tu rostro de santa,
fresco como manzana de amanecer de lluvia,
irresistible y duro como perón temprano;

y te besé, y entonces sorprendí en tu garganta,
débil como la luz sobre tu crencha rubia,
un pjar de pichón consentido y ufano.

Martín GOMEZ PALACIO.